

Pregón de 2001. Suárez-Galbán Guerra

miércoles, 17 de octubre de 2007

Modificado el martes, 17 de febrero de 2009

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE LA

VIRGEN DE 2001

Por D. Eugenio Suárez-Galbán

Guerra Acaso le extrañe a más de uno

que yo tenga la osadía de autonombarme vuestro compueblano habiendo nacido y
habiéndome criado fuera. Y no es sólo que nunca me he sentido extranjero aquí,
sino que Guía siempre ha sido una constante en mi vida, una presencia, si no
siempre física, sino siempre real por cuanto sabemos que no sólo del pan vive el
hombre, que el ser humano es algo más que materia. Yo nunca llegué a Guía:
siempre he vuelto, como se vuelve al mundo perdido de la infancia que todo
regreso intenta en vano recobrar, pero que, no obstante, se vuelve a soñar. Tan
así- que recuerdo que en una ocasión me propuse poner a prueba esa misteriosa
sensación de regreso apareciendo en Guía sin anunciárselo a nadie.

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE LA VIRGEN DE 2001 Por D. Eugenio Suárez-Galbán Guerra

Hijo. Sr. Alcalde D. Fernando Baños Bolaños, Escama. Corporación de Santa María de Guía, Sr. Concejal de Cultura D. Erasmo Quintana, queridos amigos, compueblanos y familia:

Acaso le extrañe a más de uno que yo tenga la osadía de autonombarme vuestro compueblano habiendo nacido y
habiéndome criado fuera. Y no es sólo que nunca me he sentido extranjero aquí-, sino que Guía siempre ha sido una
constante en mi vida, una presencia, si no siempre física, sino siempre real por cuanto sabemos que no sólo del pan vive el
hombre, que el ser humano es algo más que materia. Yo nunca llegué a Guía: siempre he vuelto, como se vuelve al mundo perdido de la infancia que todo regreso intenta en vano recobrar, pero que, no obstante, se vuelve a soñar. Tan así- que recuerdo que en una ocasión me propuse poner a prueba esa misteriosa sensación de regreso apareciendo en Guía sin anunciárselo a nadie. Tanto tiempo habrá transcurrido desde mi última visita a Canarias, que al preguntar en Gando por un pirata que me trajera a Guía, el hombre me miró sorprendido y simplemente me dijo: «¿Quién?», «A los piratas no existen».

Supongo «curiosamente», no lo recuerdo ahora- que me trajo una guaguita pequeña o furgoneta. Y quizás no lo recuerdo porque la memoria es selectiva, y hoy me devuelve sólo mi empeño de entonces de ir constatando los lugares que yo escasamente conocía, y que sin embargo reconocía, y hasta anticipaba durante el trayecto de Las Palmas a Guía: una curva cualquiera, la casa de verano de mi tío Juan Aguilar en San Andrés, la Cuesta de Silva (donde mi tío Germán perdió los frenos una vez y salvó la situación arrimando el coche al lateral rocoso de la carretera, iluminado en ese momento sin duda alguna por las oraciones de su esposa y mi queridísima tía Ana María), el drago al borde de la villa, el lugar exacto donde aparecería, ya sin bruma y siempre imponente, el Pico de la Atalaya. Misteriosamente, en efecto, yo volvía, pero no con la sensación de regresar simplemente a mis raíces, sino de sumergirme de nuevo en un sueño que en el pasado había sido realidad.

Pero no vengo a hablar de mí- hoy, sino más bien de los guienenses que me han marcado, y a quienes debo principalmente mi amor por este pueblo, y el orgullo que siento por mi sangre canaria.

Permítaseme, no obstante, alguna anecdota personal reciente que resulta ilustrativa de esa constante presencia en vida de Guía y de Canarias, presencia que no vacilaría en calificar de obsesión si este temor no resultara ser indicio de algún mal. Y aunque parezca que estoy contradiciendo y recurriendo descaradamente a la antigua artimaña retórica de anunciar lo que voy a hacer para continuar a hacerlo, tengo en cuenta que Guía me ha llegado, y tan hondamente, a través más que nadie y que nada de esos dos guienenses, uno de los cuales, de hecho, nunca conocí-, y así- que a ellos está subyugada cualquier anecdota que voy a contar. Por lo mismo, mi amor por esta ciudad y este pueblo siempre, de alguna manera u otra, se remonta a estas dos personas por el momento permanecerán en el anonimato para asegurarme de que, al menos por el momento también, nadie se me duerma. Antes de continuar con la anunciada anecdota, me apresuro a añadir, sin embargo, que si la mayor fuente de mi amor y admiración por Guía brota de esas dos personas, ese manantial ha sido constantemente aumentado a través de los años, y no obstante las ausencias, por tantos familiares y amigos cuyo cariño ha aumentado a su vez esa misma sensación de regresar siempre a un sueño que fue real.

Paseando yo por las calles de La Habana un día del pasado mes de marzo tras una intensa jornada de trabajo, al levantar la vista me hallo, sin habermelo propuesto, frente a la sede de la Asociación Canaria de Cuba «Leonor Pérez

Cabrera•. Un freudiano diría que mi subconsciente me guiaba allí, pero más atractiva, y hasta poética, se me antoja la explicación que sin duda daría mi madre (q.e.p.d.): la Virgen de Guía fue la que ahí te guió. El caso es que al entrar y comunicarle a la recepcionista que yo venía de Madrid, de cuyo Hogar Canario soy miembro, asumiendo ya la buena mujer que yo, precisamente criado en un barrio de La Habana, era canario cabal, me interrumpe para excusarse porque el presidente “Carmelo González Acosta” estaba reunido, pero que me recibiría el vicepresidente (Lázaro Rivero Galbán, con la misma b que también sustituyó la uve de mi apellido en Cuba, por cierto). En efecto, apareció momentos después el vicepresidente, no sin antes haber movilizado al camarero del bar para que me sirviera lo que me apetecía. Le expliqué mi complicado caso de canario-cubano-neoyorquino, el cual caso resumió unos minutos después al presentarme al presidente de la siguiente manera tan original: ¡Este es un señor tan canario que nació en Nueva York, se crió en Cuba, lo llevaron a Canarias de niño, volvió a Nueva York y lleva veinticisésitos en Madrid!•

Dos casualidades canarias más me acontecieron durante este viaje: acompañaba yo a un grupo de un museo de arte y sabido es que el Cementerio de La Habana es una visita obligada por la enorme y valiosa cantidad de escultura que ahí se encuentran. Años antes, había participado en un congreso literario que incluía una peregrinación literaria para visitar la tumba del escritor Lezama Lima. Largo tiempo busqué infructuosamente la tumba de mi abuelo, Luis Suárez-Galbán. En esta ocasión, faltó de tiempo, había desistido de reanudar la búsqueda, cuando un señor del grupo me pregunta por mi apellido, y acto seguido me guía a “nunca mejor pronunciado el verbo- a la tumba de mi abuelo. De nuevo, no puedo evitar pensar que la Virgen de Guía y la poesía me rondaban en ese momento.

Finalmente, y para terminar con este reciente viaje, celebrando una cena en un antiguo palacio de la bella ciudad de Cienfuegos, se nos invita a subir a la azotea para contemplar la vista. Establecí conversación con un empleado, quien al enterarse de mi origen doblemente isleño, me comunica que una amiga suya estaba a punto de partir para Canarias en unos días. ¿A cuál isla?•, pregunto. •Gran Canaria•, me contesta. ¿Las Palmas?•, conjeturo, más que probable. •No•, viene la respuesta, •cómo un pueblo que se llama Santa María de Guía. ¿Lo conoce?• Estoy seguro que ha sido cronista Pedro González Sosa le hubiera perdonado, como yo, el haber revertido a Guía a la condición de pueblo, tanta fue la emoción que sentí en ese momento al ver mis dos patrias tan hermanadas y presentes por otra bella casualidad.

El buen señor quedó en intentar comunicarse con su amiga para que fuera a desayunar en el hotel, pues yo tenía que regresar a La Habana temprano la próxima mañana. No apareció. Pero no pierdo la esperanza de duplicar en Guía la casualidad de Cuba. Así que si alguien conoce a una cubana llegada de Cienfuegos, déjale por favor de mi parte que tenemos un desayuno pendiente

Podría continuar relatando anécdotas relacionadas con Guía que me han ocurrido, y que se me antojan muchas veces, si no milagrosas, entonces ciertamente maravillosas, como cuando en pleno Nueva York, desempeñando la enseñanza en la universidad, un alumno me trae un recado del director del departamento de filología hispánica para que acuda a su oficina después de clase. No era la primera vez que se me solicitaba para ayudar a algún hispano parlante a llenar algún formulario, o simplemente para indicarle alguna oficina del gobierno donde podría atender sus necesidades, aunque sólo me extrañó que no hubiera nadie en el departamento en ese momento que pudiera llevar a cabo esta tarea. Resultó ser un marinero mercante español que había decidido quedarse en tierra, un muchacho nada menos que del barrio de San Roque, que al ver mis apellidos en la puerta de mi oficina, insistió mediante señales y gestos que se me llamara. Pero más que quedarnos en anécdotas, insisto en que mejor me parece encausar mis palabras y esas anécdotas a destacar la importancia que sobre mi persona han dejado esos dos guisenses, pero no por lo que a mi persona respecta, sino como ejemplo del valor humano y cultural que puede trasmitir la personalidad y la vida de nuestros antepasados.

Alguno ya habrá adivinado que los dos guisenses a los que me he referido son mi madre y mi abuelo paterno. Cuando afirmo que yo me crié en Guía a seis mil kilómetros de distancia simplemente estoy diciendo que mi madre nunca olvidó su pueblo. Mi prima, María Mercedes, recordaría sin duda alguna el retrato de la Virgen de Guía que siempre adornó el armario de mi madre. Para mí la Virgen ha sido siempre esa imagen guisense. A la edad de cualquier niño criado en Guía, ya yo conocía el célebre milagro de la estatua que los bueyes no pudieron arrastrar más allá del lugar guisense señalado. Antes de que me trajera por primera vez a Guía - hace ya cincuenta y un años! - ya yo conocía a don Bruno, ya yo sabía cómo era el campanario de la iglesia, que mi tío Nati hablaba inglés, y que a mi tío Manolo la reconocería enseguida por su cabellera roja, que García (de donde, por cierto, procedía mi bisabuelo paterno, Matías Suárez Rodríguez) no era Guía, ni mucho menos, ¡no te confundas, muchacho! sabía, además, los nombres de las fincas de mi abuelo Fernando y que en una se cultivaba plátano, y en otra frutales que no acababan de dar fruta. Y hasta sabía que el caballo de mi abuelo materno, que llegaría a montar de niño, era de color grisáceo. Luego, lo que mi madre no me contaba, me lo contaba mi tío Toñito, aquella bella mujer que, con el permiso de mi tío Marino, enloqueció a tantos cubanos que “cariñosamente”, y con el respeto que sólo es concebible dentro de cierto relajo cubano “la apodaron el pichoncito canario”•.

Por otro lado, también es verdad que la historia ha bendecido a dos pueblos uniendo de manera hasta hoy indisoluble Canarias y Cuba. •Cuba y Canarias: dos pueblos, un solo corazón• reza acertadamente el lema del escudo de la Asociación Canaria de Cuba. Luego, ¿no es cierto también que existen afinidades entre dos pueblos que son justamente quizás las que explican esos lazos tan entrelazados?, si me perdonan la redundancia. Pero supuesto que el

hombre es historia, y de alguna manera la historia canaria encajÃ³ con la cubana y viceversa, acaso mÃ¡s que lo que ocurriÃ³ en otras tierras. ¿Me ciega mi parte y patriotismo cubano? Recuerdese que fueron la actual RepÃºblica Dominicana y HaitÃ-, la antigua Hispaniola, el original centro de la Conquista. Desde ahÃ- partÃ-an las naves hacia otras tierras y nuevas colonizaciones, y fue ahÃ- donde se establecieron las dos primeras universidades americanas. Incluso, podrÃ-a argÃ¼irse -y se ha argÃºido- que hasta fines del XVII y comienzos del XVIII no empieza a ceder La Hispaniola esa su posiciÃ³n privilegiada a la mayor de las Antillas. Es mÃ¡s, tambiÃ©n el mismo Puerto Rico, al hallarse a la entrada del Caribe, con todo y ser relegado fundamentalmente a una estrategia militar -o acaso precisamente por ello- parece revestir mayor importancia que Cuba en un momento dado. Fue desde allÃ-, y no desde la mÃ¡s prÃ³xima Cuba, desde donde partiÃ³ la expediciÃ³n de Ponce de LeÃ³n que terminarÃ-a en la conquista de la Florida, cuando los indios de Boriquen, para librarse del conquistador -al menos, eso afirman ciertos historiadores-, le convencieron que allÃ¡, en la Florida, se encontraba la fuente de la juventud. A las tres islas antillanas llegaron canarios, y muy tempranamente. En Puerto Rico, tierra de mi esposa, he probado un maravilloso gofio -canariÃ³n, de millo, naturalmente- que me brindaron los descendientes de canarios arribados a principios del siglo XIX. Sin embargo, creo que pocos discutirÃ-an que ha sido Cuba donde lo canario ha calado mÃ¡s hondamente. Y si Venezuela llegarÃ-a a rivalizar con Cuba en este sentido, esa honra le tocarÃ-a despues. Ya que la literatura ha sido para mÃ-, mÃ¡s que un modus vivendi, un modo de vivir embellecido, me vais a permitir recordar ahora que cuando la literatura canaria en castellano estaba aÃºn en lo que quizÃ¡s podrÃ-a llamarse el Ãºltimo esplendor -y sin duda el mÃ¡s brillante- de su lento alba que habÃ-a despuntado siglo y medio antes don las Endechas a GuillÃ©n Peraza, ya en Cuba un canario iniciaba la literatura de esa isla a comienzos del siglo XVI. Recientemente, un crÃ-tico cubano ha puesto en duda dicha primacÃ-a del Espejo de paciencia de Silvestre de Balboa, alegando que mÃ¡s que cubanizar el canario Balboa su mundo literario, los cubanos lo cubanizaron a Ãl en un momento (siglo XIX) en que la isla forjaba su identidad nacional-literaria, para lo cual, innecesario es decir, una Ã©pica venÃ-a al pelo. Luego, que un canario se cubanice con tanta facilidad, y que su obra permanezca como caracterÃ-stica en tantos sentidos de la literatura que se seguirÃ;a desarrollando en Cuba, ya de por sÃ- pone en entredicho la Ãºltima validez de cuestionar la nacionalidad literaria de esa obra. Como si una obra, y mÃ¡s si escrita en la misma lengua, no pudiera pertenecer simultÃ±neamente a dos literaturas.

Sin menospreciar, ni muchÃ-simo menos, la importante contribuciÃ³n tambiÃ©n de nuestros hermanos gallegos, hay que reconocer, no obstante, que fue no sÃ³lo posterior a la canaria, sino asimismo procedente de una regiÃ³n de EspaÃ±a que no admite comparaciÃ³n con la canaria por sus afinidades con el entorno geogrÃ¡fico, social e histÃ³rico de Cuba, como recuerda, de hecho, el crÃ-tico literario LÃ¡zaro Santana para explicar precisamente porquÃ© fue un canario el iniciador de la literatura cubana. Sin duda esta mayor afinidad entre cubanos y canarios explica tambiÃ©n porquÃ© el tÃ©rmino gallego se convierte en Cuba en metonimia de espaÃ±ol para todos los espaÃ±oles, menos para los canarios, que aÃºn reciben el fraternal calificativo de isleÃ±os.

Precisamente un gallego (de verdad, de la propia Galicia), CÃ¡ndido del RÃ-o, y un isleÃ±o, Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n, ambos hombres, se encuentran un buen dÃ-a en Cuba y realizan una de esas raras epopeyas que vienen a reforzar mitos y leyendas de la emigraciÃ³n. Porque si es verdad que la historia la escriben los vencedores, tambiÃ©n lo es que de la emigraciÃ³n suelen recordarse demasiadas veces sÃ³lo los triunfos, salvo en estudios especializados cuyas estadÃ-sticas desmienten las fÃ¡bulas y ficciones de calles pavimentadas de oro. De niÃ±o escuchÃ© tambiÃ©n historias fantÃásticas de hombres que se lanzaban sin mÃ¡s a la aventura (de aquel lejano pariente, por ejemplo, cuyo nombre ahora no puedo recordar, que bajÃ³ un dÃ-a a Las Palmas, y ahÃ- mismo decidiÃ³ de golpe vender su caballo por el precio de un pasaje a Cuba, a donde fue a parar sin mÃ¡s tambiÃ©n, aunque enviando un recado a su esposa que se iba de viaje). Que los isleÃ±os en general, y el canario en particular, tengan un carÃ¡cter aventurero, bien puede ser, aunque quizÃ¡ el refrÃ¡n de a la fuerza ahorcan es lo que mejor explica la fiebre emigratoria que asolÃ³ a Canarias durante la segunda mitad del XIX, y que en lo que a GuÃ-a respecta, quedan tan exactamente documentada en la obra de Pedro GonzÃ¡lez Sosa. Y su hermano, Manolo, una vez me contÃ³ que otro antepasado mÃ-o, Salvador Guerra -personaje estafalario y pintoresco que ha regalado leyendas por Canarias y Cuba- de niÃ±o jugaba a lanzarse al mar en una barquilla con otros amigos rumbo a Cuba, y en una ocasiÃ³n al menos tuvieron que ser rescatados por las autoridades marinas. Aun asÃ-, Ã¿quÃ© duda cabe que casos como el descrito por AndrÃ©s Navarro Torrent en su Diario representan a la poste una clara minorÃ-a? Ã¿CuÃ¡ntos, como Navarro, pudieron darse el lujo de abandonar profesiÃ³n y vida acomodada en bÃºsqueda de una fortuna aÃºn mayor de la que gozaba? Si algo tÃ©pico hay en ese diario es el resultado final de la aventura emigratoria, pues si su caso es excepcional por haberse lanzado a la aventura sin necesidad aparente, a la poste, sin embargo, esa su aventura se hace pareja a la de tantos que como Navarro encontraron desilusiÃ³n y engaÃ±o al final del camino.

Este, ciertamente, no fue el caso de Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n: empezÃ³ pobre como casi todos y terminÃ³ rico como pocos. De mi abuelo, quien muriera veintidÃ³s aÃ±os antes de nacer su Ãºltimo nieto que hoy les habla, sÃ© lo que he podido leer en una breves memorias que escribiÃ³ para su nieto mayor, asÃ- como por un libro que trata de canarios en Cuba que le dedica un capÃ-tulo, y otras memorias breves que compuso uno de sus socios, Heriberto Lobo, para el acto que celebraba su jubilaciÃ³n justo ese mismo aÃ±o de 1.938 que me vio nacer. Gran parte de ese discurso reproduce las palabras dedicadas a Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n que en la revista Cuba y Canarias habÃ-a publicado ya en 1.912 Heriberto Lobo. Completa mi informaciÃ³n lo que he podido recoger en conversaciones con personas ya fallecidas que conocieron a mi abuelo. Una curiosa coincidencia lo une a Silvestre de Balboa: tambiÃ©n mi abuelo ejerciÃ³ de escribano, si bien, contrario a Balboa, nunca pudo cumplir su sueÃ±o de ser escritor. Su mismo nacimiento estuvo marcado por adversidades, pues el aÃ±o en que vino al mundo -1.851- azotaba el cÃ³lera a GuÃ-a. Su madre sufriÃ³ la epidemia, a

resultas de lo cual mi abuelo tuvo un desarollo tardÃ-o, no logrando caminar hasta los seis aÃ±os, y no pudiendo asistir al colegio hasta los nueve. Y a tan temprana edad muestra una feroz tenacidad, superando obstÃ;culo mediante el esfuerzo y el trabajo que le permiten pronto alcanzar el mismo nivel escolar que sus coetÃ;neos. La pobreza le acarrea la que sin duda fue la mÃ;s grande desilusiÃ;n de su vida: no poder continuar el bachillerato en Las Palmas, como era la costumbre en GuÃ-a en aquel entonces para los que disponÃ-an de los medios necesarios. En vez, tuvo que ejercer de aprendiz a los doce aÃ±os en un taller de zapaterÃ-a, pero poco despÃ;os, debido a su buen manejo de letras y matemÃ;ticas, el Cabildo Municipal lo emplearÃ-a como amanuense y ayudante de un agrimensor, ganando una peseta diaria, pasÃ;jndose la semana entera fuera del hogar y pernoctando en cuevas donde se guardaban los alimentos para el ganado. Una vez mÃ;s, las letras y los estudios le permiten mejorar de situaciÃ;n, y logra colocarse en una escribanÃ-a en GuÃ-a. Ya para este entonces, entrando mi abuelo en la adolescencia, un tÃ-o materno habÃ-a escrito desde Cuba ofreciÃ;ndole una plaza en su pequeÃ±o comercio. Mi abuelo ni querÃ-a ir a Cuba, ni querÃ-a ser comerciante, pero a la pobreza de su situaciÃ;n vino a unirse otro motivo cuyo carÃ;cter macabro no deja de encerrar cierta nota humorÃ;stica debido a unas circunstancias que sus memorias narran con verdadera maestrÃ;a: aun vacilante respecto a si aceptar o no la oferta de emigrar a Cuba, la escribanÃ-a le pide a mi abuelo que redacte un informe sobre una autopsia en el cementerio de GuÃ-a, para lo cual era necesario su presencia durante la actuaciÃ;n del cirujano. AhÃ- mismo decidiÃ³ emigrar.

CorrÃ-a el aÃ±o 1.867, contando mi abuelo quince aÃ±os y medio, cuando embarcÃ³ para Cuba. En vez de cama con sÃ;jbanas de holanda, le esperaba un catre en el almacÃ;n del comercio que montaba por la noche y desmontaba a la madrugada. Pero si mi abuelo no pudo seguir el camino de las letras que tanto anhelaba, y que de alguna manera llegÃ³ a compensar con una intensa lectura, al punto de ganarse la reputaciÃ;n de un hombre de fina cultura, su vida en cambio se tornÃ³ novela. Novela realista, a lo GaldÃ;s, si se quiere, en determinados momentos, como cuando, al tocar los veinte aÃ±os, y al decidir el tÃ-o materno regresar a Canarias, se encuentra ya mi abuelo a cargo de la empresa debido a su inteligencia y capacidad de trabajo, tal cual uno de esos personajes en los que don Benito veÃ-a el porvenir de EspaÃ±a. Esa dicha que le permitÃ-a aprender de todo, sacarle provecho a la mÃ;s desventajosa situaciÃ;n, brindaba ya sus frutos. Pero tambiÃ©n novela maravillosa, fabulosa, mÃ;s prÃ;xima ahora al realismo latinoamericano.

ReciÃ;on he nombrado a CÃ;jndido del RÃ-o. Por otra de esas casualidades de la vida, mi familia tropezÃ³ en Madrid haÃ±os con la descendiente de del RÃ-o, relaciÃ;n que nos une hasta hoy. Intercambiando anÃ;cdotas, he logrado completar lo escrito tanto por y de mi abuelo. Sin duda lo mÃ;s llamativo fue el primer encuentro entre el gallego y el canario. DebiÃ³ ser un domingo, pues mi abuelo cruzaba la BahÃ-a de La Habana hacia el casco de la ciudad como solÃ-a hacer cada otro domingo, Ãºnico tiempo de solaz que le permitÃ-an las circunstancias. El negocio de del RÃ-o era precisamente el de facilitar el trayecto en su barco a travÃ;os de la bahÃ-a, negocio que floreciÃ³ hasta permitirle adquirir una pequeÃ±a flota. Por lo visto, del RÃ-o y mi abuelo entablaron enseguida una sincera amistad, la cual fraguarÃ-a algÃ;n tiempo despÃ;os en lo que sÃ;lo puede describirse como uno de esos episodios tan maravillosamente novelescos que vuelven a comprobar que la vida, en efecto, puede llegar a superar la ficciÃ;n. Pues en uno de esos trayectos, CÃ;jndido del RÃ-o le revela a Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n que sus aÃ±os de ardua labor le habÃ-an permitido acumular un capital considerable. Ã‰l, sin embargo, desconocÃ-a el mundo de los negocios que mi abuelo ya para ese entonces sÃ;- conocÃ-a a trancas y barrancas en el pequeÃ±o comercio de su tÃ-o materno. Y hay quien cuenta que el gallego, que como tantos entonces no creÃ-a en la blanca, le enseÃ±Ã³ a mi abuelo un cofre lleno de dinero. Para mayor maravilla aÃ;n, la muerte de su socio gallego aÃ±os despÃ;os sumiÃ³ a mi abuelo en una profunda tristeza, desmintiendo asÃ- el tÃ;pico de la incompatibilidad entre amistad y negocio, pero tambiÃ©n brindando un claro indicio de la gratitud que siempre sintiÃ³ y profesÃ³ mi abuelo hacia su socio y amigo. La misma, dicho sea de paso, que aquel otro socio posterior, Heriberto Lobo, alabarÃ-a en su discurso de jubilaciÃ;n.

AsÃ-, con un golpe de suerte de carÃ;cter novelesco, digno de un GarcÃ-a MÃ;rquez, me atrevo a decir, comenzÃ³ la fortuna de Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n. Y si maravillosa es la anÃ;cdota, no menos lo es la humildad de mi abuelo. Porque lo que acabo de contar es lo mismo que cuenta don Luis en sus memorias familiares, y lo mismo que despÃ;os me contaron los nietos de del RÃ-o. Es decir, Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n, indudable genio empresarial y hombre de negocios admirado por todos, no tiene ningÃ;n reparo en admitir que una sonrisa de la suerte le abriÃ³ el camino de la prosperidad y el reconocimiento. Y esa humildad, naturalmente, no refleja una virtud aislada, sino que es mÃ;s bien reflejo de una personalidad y un carÃ;cter fundamentalmente Ã;lticos. Los hechos vuelven a confirmarlo, no las palabras de su nieto que aquÃ- se limitan a recordar esos hechos.

Que GuÃ-a honre la memoria de Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n con el nombre de una calle y su retrato en el ayuntamiento, habla ya del sentido de la lealtad de mi abuelo. Como tambiÃ©n mi madre, mi abuelo jamÃ;s olvidÃ³ su pueblo, tal que cuando le llegÃ³ fortuna, la repartÃ³ generosamente aquÃ-. TambiÃ©n en mi reciente viaje a Cuba, al entrar en el Hotel Inglaterra (el mismo, por cierto, en el que se alojÃ³ GarcÃ-a Lorca durante su estancia en La Habana), descubrÃ- una placa dedicada a NicolÃ;s EstÃ;cavanez, aquel canario, que siendo aÃ;n espaÃ±ol en aquel entonces antes de consumarse su evoluciÃ;n hacia posturas mÃ;s radicales, renunciÃ³ a su carrera militar en protesta por el fusilamiento de unos estudiantes cubanos. Mi abuelo no fue tan dramÃ;tico. Lo debiÃ³ pasar mal durante la Guerra de Cuba, aunque sabido es que los canarios fueron mejor considerados en general por la poblaciÃ;n, y, de hecho, un nÃºmero de isleÃ±os simpatizÃ³ con la causa cubana, al igual que otros espaÃ±oles, entre los que se encontraban, por cierto, los que querÃ-an una intervenciÃ;n norteamericana por favorecer sus negocios. Otros, como el propio EstÃ;cavanez, sienten el desgarro entre la patria y el derecho a la libertad y la justicia. Y aunque es el silencio la nota predominante en las memorias de mi abuelo durante

este periodo, una acciÃ³n posterior da a entender a las claras que su corazÃ³n debiÃ³ estar como el de EstÃ©vanez partido en dos.

Tras la independencia de Cuba, pero durante la primera intervenciÃ³n norteamericana en la isla, debido justamente al ya mencionado reconocimiento del que gozaba mi abuelo como hombre emprendedor y empresario inteligente que ya lo habÃ¡a llevado a la presidencia de la CÃ¡mara de Comercio de Cuba (de la que tambiÃ©n serÃ¡ presidente honorÃ©fico despuÃ©s), asÃ© como a ser miembro de la junta directiva de la instituciÃ³n bancaria de Nueva York que era depositaria del dinero del gobierno cubano, dicha instituciÃ³n le encarga a mi abuelo fundar y organizar el Banco Nacional de Cuba. Acepta, funda y organiza, pero al cabo de un aÃ±o, en marcha ya el proyecto, renuncia el guiense Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n al puesto de Presidente del Banco Nacional de Cuba, esgrimiendo justamente su condiciÃ³n de canario, espaÃ±ol y extranjero, alegando que no era propio que un extranjero presidiera el banco nacional cubano. En ese momento en que norteamericanos y espaÃ±oles se reparten el comercio cubano, un comerciante espaÃ±ol defiende la justicia y el derecho de los cubanos a regir su destino en materia tan imprescindible como la economÃ;a. Lo de menos es que su ejemplo no fue emulado, pues le sucediÃ³ otro extranjero al puesto. Lo notable es que don Luis siguiÃ³ su conciencia una vez mÃ¡s en contra de toda tentaciÃ³n de vanidad y avaricia. Una vez mÃ¡s, porque se trata de la misma rectitud y el mismo sentido de justicia que siempre practicÃ³ mi abuelo, cuya generosidad le llevÃ³ a repartir fortuna tambiÃ©n entre sus empleados, ofreciendoles la oportunidad de convertirse en socios de GalvÃ¡n y Co. AsÃ© como nunca olvidÃ³ su pueblo, jamÃ¡s tampoco olvidÃ³ a los que como Ã©l no heredaron, sino que forjaron su propia fortuna.

Recientemente se presentÃ³ en Londres un bello libro fotogrÃ¡fico sobre La Habana escrito por la nieta de Heriberto Lobo, cuyo apellido pasarÃ¡ a GalvÃ¡n y Ca., llamÃ¡ndose en adelante GalvÃ¡n Lobo y Ca. Esa empresa que fundÃ³ como pequeÃ±o comerciante un guiense, JosÃ© Antonio GalvÃ¡n, el tÃ©-o de mi abuelo, y que otro guiense, Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n, convertirÃ¡ en una multinacional azucarera, pasarÃ¡ a ser tras la muerte de mi abuelo un imperio azucarero que se extendÃ¡ desde Cuba a Filipinas. Lo cual era del todo previsible al morir mi abuelo, quien ya desde principios de siglo habÃ¡a abierto oficinas en Nueva York, tal era la magnitud de su negocio. En las palabras introductorias de ese libro fotogrÃ¡fico sobre La Habana, sin embargo, no se habla de Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n, aunque sÃ© de la empresa que Ã©l fundÃ³ de los restos de aquel pequeÃ±o comercio de su tÃ©-o materno, incluyendo, por cierto, el central azucarero mÃ¡s importante de esa empresa que hasta la fecha lleva el nombre del prÃ©-ncipe guanche Tinguardo que le debiÃ³ dar mi abuelo, o quizÃ¡ su socio en honor al canario que le acogÃ³ cuando Heriberto Lobo se vio forzado a huir de la dictadura venezolana de Cipriano Castro. Lo digo sin ninguna animosidad, y con total comprensiÃ³n, pues la autora escribe para honrar la memoria de su padre, el hijo de Heriberto Lobo. Pero ademÃ¡s, la ausencia ahÃ© del nombre de Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n resulta del todo consustancial con su personalidad.

Innegable es que todo escrito autobiogrÃ¡fico responde a una dosis de vanidad. Si a alguien se le ocurriera ahora recordar el caso de Teresa de Ã•vila, cuyas memorias responden al mandato de su confesor, basta recordar tambiÃ©n ahora que era una santa, y por tanto, la obligada excepciÃ³n a la regla. TambiÃ©n mi abuelo tuvo su dosis de vanidad, pero a menos que admitamos que la vanidad puede ser virtuosa en algÃºn momento, tendrÃ¡mos que decir que en su caso se trata mÃ¡s bien de la satisfacciÃ³n personal que conlleva cumplir con la justicia y con la solidaridad hacia el prÃ³ximo. Porque si de algo se precisa Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n en sus memorias es de haber respondido a todo momento a ese sentido de justicia y solidaridad, a los cuales, de hecho, subyugÃ³ esa otra vanidad mundana, ausentÃ¡ndose de honores y reconocimientos, conforme hace constar tambiÃ©n su socio Heriberto Lobo en su escrito. Es mÃ¡s, el hijo de Heriberto, Julio Lobo, Ãºltimo presidente de la compaÃ±Ã¡-a, bajo cuyo mandato, muerto ya mi abuelo, la casa prosperÃ³ inmensamente, en cierta ocasiÃ³n me expresÃ³ la misma admiraciÃ³n por mi abuelo en tÃ©rminos extraordinariamente emotivos. Hombre inmensamente rico, como se podrÃ¡ imaginar, habÃ¡a viajado por todo el mundo, aunque no a Canarias. Pero tan grande fue esa admiraciÃ³n por mi abuelo, que antes de morir en su exilio madrileÃ±o, este empresario cubano viajÃ³ a Canarias y a GuÃ¡a para conocer personalmente la tierra donde naciÃ³ Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n en una especie de peregrinaciÃ³n al verdadero origen de todo lo que tanto habÃ¡a significado en su vida de empresario. Y lo mÃ¡s curioso para mÃ© es que este otro gran hombre de negocios, tan poderoso que llegÃ³ a influir en la polÃtica cubana de su tiempo, no hablaba de la misma capacidad empresarial de mi abuelo tanto como de su admiraciÃ³n por el carÃ¡cter recto y la personalidad que infundÃ¡ a respeto y admiraciÃ³n de Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n.

En Cuba y en Canarias, el nombre de Luis SuÃ¡rez GalvÃ¡n evoca la Ã©pica de un emigrante que remando contra viento y marea arribÃ³ al puerto de la bienaventuranza. Y aunque sin menoscabar en lo mÃ¡s mÃ¬nimo esa hazaÃ±a, mÃ¡s meritoria aÃºn para Ã©l y para todos nosotros es saber que de GuÃ¡a saliÃ³ un hombre a quiÃ©n el Ã©xito con todos sus peligros y tentaciones no pudo privar de disfrutar de esa otra bienaventuranza de los humildes. Hombre sencillo, de Santa MarÃ¡ de GuÃ¡a, que aÃºn muchacho tuvo que emigrar, pero que nunca olvidÃ³ la tierra que tuvo que abandonar por tristes circunstancias, porque tampoco olvidÃ³ nunca que la tierra propia no se mide por beneficios materiales, sino por el carÃ¡cter, el calor y la cultura que forman la verdadera fortuna de los hombres sabios.

Si hoy he hablado de dos guienses a los que me uniÃ³ el destino y la vida con franco orgullo por la sangre guiense que corre por mis venas, repito que ha sido con la intenciÃ³n de poder compartir con todos ese orgullo de nuestros antepasados que tantos valores y riquezas espirituales nos ha legado. Cabal canario, mi abuelo, clara canaria, mi madre, que me inculcaron con sus memorias y su ejemplo el amor a este pueblo que hoy, celebrando el cuatrocientos setenta y cinco aniversario de su fundaciÃ³n, honra a su nieto e hijo invitÃ¡ndole a pronunciar este pregÃ³n que yo hubiera deseado cantar con mejor plectro. Bien sabe la Virgen de GuÃ¡a que jamÃ¡s como hoy he envidiado a los poetas,

no pecaminosamente â€œtambiÃ©n lo sabe la Virgen-, sino sanamente para poder hacer justicia poÃ©tica a este pueblo, cuna de mi ser aunque no de mi nacimiento. Para compensar por el vacÃ–o de mi verbo, usurpo los versos del poeta guicense, Manuel GonzÃ¡lez Sosa, que con la misteriosa maravilla de todo poema me da en el blanco del corazÃ³n, expresa mi sentir hoy el mismo que el de su personaje â€œEl Cruzadoâ€• al regresar a su pueblo:

Entra en su valle. Absorto detiene el paso.

Canta

Un mirlo entre los Ã¡lamos.

Yo tambiÃ©n regreso hoy con el canto del mirlo a postrarme bajo el manto de la Virgen de Santa MarÃ-a de GuÃ-a y de los Ã¡lamos de su pueblo, que siempre ha sido el mÃ–o

Muchas gracias, y Â¡que viva Santa MarÃ-a de GuÃ-a!